

meta final

CONSEJOS PARA DISIPAR EL MIEDO,
ENCONTRAR LA PAZ Y PREPARARTE
PARA EL FINAL DE TU VIDA.

Robert Wolgemuth

Prólogo de Joni Eareckson Tada

META
FINAL

Libros de Robert Wolgemuth publicados por Portavoz:

Como el Buen Pastor

Confía en Dios para escribir tu historia (coautor)

El lugar más importante de la tierra

Mentiras que los hombres creen

Meta final

Mi hija me llama papi

META FINAL

Consejos para disipar el miedo,
encontrar la paz y
prepararte para el final de tu vida

ROBERT
WOLGEMUTH



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en desarrollar y distribuir productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Finish Line*, © 2023 por Robert Wolgemuth, y publicado por Zondervan Books, Grand Rapids, MI 49546, U.S.A. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *Meta final* © 2024 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados. Publicado por acuerdo con HarperCollins Christian Publishing, Inc.

Traducción: Rodrigo Hinojosa.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NTV” ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las cursivas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, MI 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5062-4 (rústica)
ISBN 978-0-8254-7276-3 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7277-0 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 33 32 31 30 29 28 27 26 25 24

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Para Nancy:

*Gracias por decirle “Sí, quiero” a un hombre
diez años más cerca a la meta final que tú,
por amarlo con ternura y por aceptar los retos
innegables que esto supondría.
Tu encantadora persona es un regalo
de la gracia de Dios para mí.*



Contenido

<i>Prólogo: Antes de comenzar</i>	9
<i>Prefacio: Semillas plantadas</i>	13
Introducción: Al romper la cinta de meta	19
1. Muerto. No muerto.	27
2. Alerta de <i>spoiler</i> : El cielo puede ser tuyo.	43
3. Frases en la línea de meta	59
4. Dos personajes bíblicos que cruzaron la meta	71
5. El cuidado del templo	91
6. Los elementos fundamentales	103
7. La bendición	121
8. ¿Quiénes cargarán tu féretro?	143
9. Basta de secretos	159
10. La muerte	173
Epílogo: Listos.	199
<i>Y eso no es todo</i>	213
<i>Con gratitud</i>	217
<i>Bibliografía</i>	221



Prólogo

Antes de comenzar

“**E**ntonces, Joni, ¿te preguntas a menudo cómo será cruzar de esta vida a la siguiente?”.

Me han hecho esta pregunta en incontables ocasiones. Verás, soy cuadripléjica y he vivido en una silla de ruedas durante más de cincuenta y cinco años. He corrido con todas mis fuerzas, con la cabeza hacia atrás, los brazos abiertos y el corazón a ritmo máximo para llegar a esa cinta en la meta final. ¿Me pregunto a menudo cómo será ese momento? ¡Por supuesto que sí!

Lo que diré ahora no es estrictamente bíblico, pero así es como me gusta imaginarlo. Puedo verme cruzando esa meta final y, como un maratonista, me colapso de rodillas, con las manos en el piso. Hundo mis manos en la arena de la playa celestial, tomando grandes bocanadas de aire, sudando y jadeando: “Lo logré... lo logré... no puedo creerlo, pero ¡lo logré!”. Luego, me tiro sobre mi espalda, con los ojos cerrados, y dejo que el sonido placentero de las olas y el viento me inunde.

En el silencio, siento la presencia de Alguien que se levanta sobre mí, Alguien en cuya sombra fresca me siento envuelta y bendecida. Abro mis ojos y veo... a Jesús. Su cabeza eclipsa el sol. Me sonrío y me ofrece su mano, como lo haría un amigo. Yo la tomo con alegría y, en un solo movimiento, me pone de pie.

“Bienvenida a casa, querida”, me susurra, mientras sus ojos de bondad inimaginable me miran con admiración. Luego, me acerca a sí en un abrazo y me da palmaditas en la espalda, como papá solía hacerlo. “Ha sido un trayecto duro y largo, pero ahora estás a salvo”, me dice y me da unas palmaditas más. En este punto, estoy sollozando, hasta que extiende su brazo y me mira a los ojos. Yo pestañeo dos veces, porque casi me parece que es mi Padre, o tal vez mi Hermano. O mi Amante. O mi Rey.

“Me *honraste* tanto en la tierra”, continúa.

¿Cuál es mi reacción inmediata? Caer de rodillas y besar sus pies. Sin embargo, el sueño se disipa. La realidad de lo que sucederá a continuación me abruma. Y, aunque los detalles están envueltos en misterio, la Biblia nos describe un desenlace glorioso con ángeles y recompensas; el diablo y todas sus huestes serán destruidas; la muerte terminará; el nombre de Cristo será vindicado al ser coronado como el Rey indiscutible del universo. La Biblia dice que nosotros reinaremos junto a Él para extender su reino de amor, de luz y de belleza por el infinito cosmos. Nuestro himno de sufrimiento terminará y cantaremos para siempre de los sufrimientos de Jesús y de cómo su amor tierno y agonizante obtuvo para nosotros una salvación tan grande.

En pocas palabras, esto es lo que sucede del otro lado de la meta final. A la luz de todo esto, te pregunto: *¿No te gustaría aprovechar al máximo tu vida en este tramo final?*

Esto es lo que anhela mi amigo Robert Wolgemuth. Somos buenos amigos y lo conozco desde hace décadas, pero nunca he visto a este hombre desperdiciar su tiempo, su tesoro ni sus talentos. Él comprende que la vida es un regalo indescriptiblemente precioso y, como tal, administra con fidelidad las rebanadas de veinticuatro horas que ha recibido como bendición. Robert es un hermano en Cristo que, como yo, aprieta el paso en la última

vuelta, recupera sus energías e invierte fuertemente en lo que queda más allá de la cinta de meta.

Mi amigo ha pasado años pensando en los retornos de sus inversiones eternas y en cómo todo lo que el creyente hace aquí en la tierra tiene un impacto directo en su capacidad para sentir gozo, para adorar y para servir en el cielo. La tierra es el calentamiento de Robert para las grandes ligas en lo alto. Y, por su excelente administración de los dones de esta vida, lo escogería sin pensarlo para escribir un libro titulado *Meta final*.

Aquí, él lo explica *todo*. Tan solo basta con revisar los títulos en la tabla de contenido para darse cuenta de que Robert es el indicado para mostrarte cómo poner tu casa en orden. Considéralo tu entrenador para el “final de la vida” que te dará consejos y herramientas que abarcan casi todas las preguntas que puedas tener respecto a terminar con éxito la carrera de la vida. Mi amigo es un gran escritor y ha logrado que sus capítulos sean inspiradores, fáciles de entender y prácticos.

Sin embargo, Robert también ha diseñado este libro como un desafío. Él te considera a ti, su lector, un creyente estilo Filipenses 3:12 que en verdad busca proseguir para ver si logra asir aquello para lo cual fue también asido por Cristo Jesús:

No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto;
sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo
cual fui también asido por Cristo Jesús.

El tomo que sostienes en tu mano es tu manual de jugadas que te ayuda a extenderte hacia la meta de obtener el premio para el que Dios te ha llamado al cielo.

Así que, si estás preguntándote cómo poner en práctica estas palabras de Filipenses, en especial si estás en el tramo final de tu carrera, como lo estaba el apóstol Pablo, Robert te lo mostrará.

Encuentra una silla cómoda, una pluma y un resaltador y permítele animarte desde las gradas a medida que prosigues hacia la meta final. Tu meta final.

No querrás perderte *nada* del otro lado de esa cinta.

JONI EARECKSON TADA

Joni and Friends International Disability Center,
Agoura, California



Prefacio

Semillas plantadas

Ya sea que te quedes parado en la cinta transportadora en el aeropuerto o que camines por ella, eventualmente llegarás al final.

YO... UN VIAJERO

El servicio funeral en Orlando había terminado. Casi dos horas de recuerdos, lágrimas, tributos, himnos, risas y un mensaje evangelístico habían llegado a su fin. Era hora de mostrar un video que había grabado de forma espontánea una mañana desde el balcón de nuestro hogar.¹

Todos miraban la pantalla mientras una mujer, Bobbie, caminaba de izquierda a derecha. Mientras caminaba por la calle del vecindario, su porte era erguido y confiado, aunque estaba a solo unas pocas semanas de su muerte. La gente en la audiencia podía escucharla cantar.

*Cuando andamos con Dios, escuchando su voz,
nuestra senda florida será;
cumpliremos su Ley porque es nuestro Rey,
y su amor siempre nos guiará.²*

1. Yo grabé este vídeo con mi teléfono una mañana. Bobbie no sabía que yo lo había grabado. Mi amigo David Nixon, que también es productor, lo editó.

2. John H. Sammis, "Trust and Obey" (1887), trad. Pedro Grado V., "Cuando andamos con Dios".

Al finalizar el video, la pantalla se puso en negro y aparecieron estas palabras en letras blancas:

De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo
no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si
muere, lleva mucho fruto (Juan 12:24).³

Una dulce reverencia llenaba el ambiente. Tras un momento de quietud, el Dr. David Swanson, mi pastor, pidió a la congregación que se pusiera de pie. El director del funeral y su asistente avanzaron por el pasillo central hacia el féretro que estaba centrado en la nave, lo giraron suavemente y lo sacaron del santuario. Entonces, el Dr. Swanson invitó a la familia, sentada en la primera fila de bancas, a salir. Todos seguimos el féretro, casi como caminando en desfile detrás de la mujer en el video.



Han pasado años desde el funeral de mi difunta esposa y, no obstante, el poder de este servicio permanecerá conmigo y con mi familia hasta que la sigamos por aquella puerta en nuestro propio féretro.

Bobbie y yo nos casamos en 1970, casi cuarenta y cinco años antes de ese día. Esto no estaba en el libreto que yo hubiera escrito... ni esperado, pero sucedió.

Regresemos al versículo que apareció en la pantalla después del video de Bobbie. ¿Qué es el “mucho fruto” producido por aquel único grano que cae a tierra y muere? Fue Jesús quien pronunció estas palabras unos pocos días antes de su propia muerte en la cruz. Él hablaba a personas que entendían de semillas.

3. Puedes ver este video en YouTube en www.youtube.com/watch?v=ODn0TFgdTL8&t=2s.

Muchos de ellos se ganaban la vida como agricultores. Sabían bien que es posible tomar las semillas y colocarlas en grandes pozos o graneros,⁴ hasta en un tazón decorativo en la mesa, donde se las puede admirar. No obstante, si queremos que las semillas hagan su trabajo, deben ser plantadas en el suelo. Cuando esto sucede, las sustancias químicas en la tierra destruyen la cubierta de la semilla y permiten que el material en su interior crezca para convertirse en una planta que, algún día, producirá una cosecha. Y esta cosecha produce una enorme cantidad de frutos y, con ellos, más semillas.

De hecho, ese día, la iglesia estaba llena de la cosecha de la vida de Bobbie: sus hijos, su familia extendida, sus amigos, sus vecinos, las mujeres de su estudio bíblico, los miembros de nuestra iglesia y miles que miraban la transmisión en vivo. La vida de Bobbie fue un testimonio valiente de Cristo. Por dolorosa que fuera para nosotros, su muerte multiplicó su testimonio en todo el mundo.

Si Jesús (quien pronunció por primera vez estas palabras) no hubiera muerto, no podríamos conocerlo. El poder de su Espíritu Santo no estaría disponible para nosotros. Nuestra vida no sería lo que es si aquel Grano de Trigo no hubiera caído a tierra y muerto.

Lo mismo es verdad de la muerte de Bobbie. Esta es una cruda realidad, pero también una ilustración de la gracia redentora de Dios.

Bobbie lo sabía

Dos meses antes de morir, Bobbie dijo a dos de sus amigas que esperaba “que Robert se casara con Nancy Leigh DeMoss”. Sin embargo, nunca me lo mencionó a mí. Para ser honesto,

4. Ver “The History and Evolution of Grain Storage”, LCDM, 31 de diciembre de 2020, <https://lcdmcorp.com/grain-flow-101/evolution-grain-storage>.

agradezco que no lo haya hecho, pues me habría parecido más bien una tarea. No obstante, cuando lo descubrí después de que Nancy y yo comenzáramos a salir, fue una dulce confirmación.

El voto de Bobbie y mío, “hasta que la muerte nos separe”, pronunciado en nuestra boda en 1970, fue el guion de algo totalmente nuevo cuarenta y cinco años más tarde.

Bobbie había conocido a Nancy en 2003, cuando mi agencia literaria comenzó a representarla como autora. Estas dos mujeres descubrieron un amor compartido por la Palabra de Dios y por los himnos clásicos. A pesar de la distancia geográfica entre ellas, su amistad siempre fue fuerte, llena de respeto mutuo. Nancy miró la transmisión en vivo del funeral de Bobbie en noviembre de 2014 y hasta compartió una porción de él en audio en su programa diario de radio, *Revive Our Hearts* [*Aviva nuestros corazones*].

La razón por la que menciono estas cosas aquí, al inicio de este libro, es porque algún día otros contarán el “mucho fruto”... y la cosecha... que serán producidas cuando yo caiga a tierra y muera. Al menos, espero que lo hagan. Puede que te encuentres leyendo estas palabras después que esto suceda; si es así, tal vez puedas descubrir por la gracia de Dios algunas de esas semillas. Y el fruto. En verdad confío que haya cosas buenas.

Esto es algo que me hace reflexionar, pero que también me conforta. También tú deberías sentir lo mismo. Así que tengo una pregunta que espero me des permiso de hacerte: Cuando mueras y tu “grano de trigo” caiga a tierra y muera, ¿cómo será la cosecha? En este libro, hablaremos más de esto.

Hace muchos años, un buen amigo me comentó que un libro no es más que una carta extendida de una persona a otra: una conversación sin prisas, cara a cara, en extremos opuestos de la mesita de una cafetería. Mi esperanza es que la aventura de leer este libro sea para ti como una conversación. Solo entre nosotros. Considérala una carta larga, una conversación extendida.

No hay plataformas. Ni hay micrófonos ni sistemas de sonido. Solo nosotros... tú y yo. Al escribir, estoy haciendo mi mejor esfuerzo por inclinarme hacia adelante. Por ver tu rostro. Por responder las preguntas que tengas al leer. Por ser claro. Y por ser honesto. Y amable.

En este punto, ya que nos estamos conociendo, es importante para mí que sepas que escribo desde la perspectiva de un seguidor de Cristo. Y, dada la naturaleza del tema de este libro, asumo que no tienes problemas con esto. Mi esperanza es que, si no es así, las páginas a continuación te acerquen a conocer a Jesús como tu Salvador. Nada podría ser más importante que esto, en especial a medida que te acercas a la “meta final” de tu vida.

Tengo una petición primordial que hago a Dios en oración mientras comienzas este libro: que nuestro caminar juntos por estas páginas resulte en una cosecha más maravillosa de tu “grano de trigo” que la que habría habido sin esta experiencia. Si esto sucede, entonces nuestro tiempo bien habrá valido la pena.

Bienvenido.

ROBERT WOLGEMUTH
Niles (Michigan)



Introducción

Al romper la cinta de meta

La cinta: un pedazo largo y delgado de material que se extiende de un lado al otro de la línea de meta para ser roto por el primero en cruzarla.

MERRIAM-WEBSTER

Que el Señor te mantenga fiel en la carrera... hasta la meta final.

NANCY DEMOSS WOLGEMUTH¹

Fue la primera vez que veía un cadáver. Tenía unos diez u once años. Mi familia y yo habíamos realizado nuestro “peregrinaje” anual a Winona Lake, Indiana, donde mi padre asistía a las conferencias anuales de Youth for Christ [Juventud para Cristo]. Durante la mayor parte de su vida como adulto, fue uno de los ejecutivos de este ministerio.

Esta pequeña ciudad en el centro norte de Indiana contaba con un centro de conferencias de fama mundial (por eso estábamos

1. A menudo, Nancy concluye sus notas a mano a alguna amiga con estas palabras. Esto lo ha hecho desde hace años.

allí) y un lago. Fue allí donde aprendí a nadar, aunque no por voluntad propia.

De pie en el largo embarcadero que se extendía desde la costa hacia la superficie del agua, mi hermano mayor decidió que este sería un buen momento para enseñarme a nadar. Observa que no dije: “enseñarme *cómo* nadar”. Sencillamente, me empujó al agua, que estaba por encima del nivel de mi cabeza, y supuso que ese momento de terror absoluto y desesperación me darían toda la instrucción necesaria. Por fortuna (para mis hijas, mis nietos y mi bisnieto), tuvo razón. En medio del trauma del evento, entre los gritos y chapoteos que le siguieron, fluté hasta la superficie y nadé.

En esos días, fui testigo de un evento en el lago que implicó a un estudiante casado que asistía al seminario teológico Bethel, en las inmediaciones del lugar. Fue su último día en esta tierra. Puedo recordar a su esposa que gritaba frenéticamente por ayuda desde un embarcadero no muy lejos del sitio de mi clase de natación. Vi cómo algunos hombres corrieron hasta el lugar donde el joven no había logrado salir a la superficie y, unos minutos más tarde, sacaban su cuerpo del agua. Yo corrí para echar un vistazo más de cerca.

Esto fue antes de que se conociera el RCP; ni siquiera se tenía una idea de qué significaban esas tres letras. De manera que lo colocaron boca arriba en el embarcadero y yo me mantuve a una distancia segura, mirando el cadáver. Su esposa estaba desesperada, pero nadie intentaba reanimarlo. Escuchamos el sonido de sirenas que se acercaban adonde estábamos. Me esforcé por verlo todo: miré la forma grisácea del hombre de veintitantos años que, unos pocos minutos atrás, había sido como el resto de nosotros en el lago aquel día y se divertía con sus amigos. Estaba lo suficientemente cerca para ver que sus ojos estaban abiertos. Este recuerdo me persiguió durante mucho, mucho tiempo.

Durante los últimos sesenta años aproximadamente, he visto una buena cantidad de cadáveres, sobre todo en funerarias, donde el cuerpo ha sido ya vestido, arreglado y pintado de forma adecuada para camuflar el color y las formas reales del rostro demacrado.

Aunque ya he escrito antes sobre el momento de la muerte de Bobbie, mi esposa con la que estuve casado durante casi cuarenta y cinco años,² quiero tomarme unos pocos minutos aquí para hablar más en detalle sobre este evento. De hecho, fue este recuerdo lo que me inspiró a escribir el libro que ahora tienes en tus manos.

Mis hijas, Missy y Julie, estaban sentadas conmigo junto a la cama rentada de hospital que se hallaba en centro de nuestra sala de estar en octubre de 2014. Enid, nuestra fiel enfermera de cuidados terminales, también estaba allí. Había llegado a la casa tan solo unos quince minutos antes. Enid le había tomado la presión arterial a Bobbie. Era muy baja. Luego, había intentado tomarle el pulso en la muñeca. Al principio, nos dijo que era muy débil; luego nos informó que no había pulso. Increíblemente, lo supimos porque Bobbie le preguntó:

—No sientes el pulso, ¿verdad?

—No, señora Bobbie, no logro sentirlo.

Bobbie pidió que bajaran la cabecera de la cama de hospital para estar en posición horizontal. Luego, extendió su mano hacia mí, me tomó de la camiseta con ambas manos, acercó mi rostro a unos centímetros del suyo y me dijo: “Te amo mucho”, con tanta claridad como lo hiciera cinco décadas antes, cuando nos enamoramos. Entonces, cerró los ojos y murió.

—¿Falleció? —le preguntó Missy a la enfermera, sin camuflar el pánico que, entendiblemente, sentía.

2. Robert Wolgemuth, *Como el Buen Pastor: Lidera tu matrimonio con amor y gracia* (Grand Rapids, MI: Portavoz, 2017).

—Sí —dijo Enid, con tranquilidad, después de colocar su mano sobre el pecho inerte de Bobbie durante un poco menos de un minuto—. Ya no respira.

Aunque después hubo muchas lágrimas, mi recuerdo de este momento es que Missy, Julie y yo estábamos demasiado abrumados como para hablar. Después de treinta meses de caminar junto a esta valiente mujer en el trayecto de su cáncer, no puedo decir que me sorprendí por lo inevitable. Sin embargo, el peso que pareció ahogarnos cuando nos dimos cuenta de que Bobbie se nos había ido fue casi demasiado sagrado para intentar describirlo.

Extendí mi mano hacia el rostro de Bobbie y, con ternura, le cerré los párpados.

Luego, nos quedamos allí sentados durante algunos minutos, junto a la cama de hospital, mientras el cuerpo de Bobbie se tornaba grisáceo poco a poco. Luego, frío al tacto.

Treinta minutos después de mi llamada telefónica, dos hombres de la funeraria llegaron con una camilla con ruedas para retirar el cuerpo. Mis hijas y yo salimos de la sala mientras movían el frágil cuerpo de mi esposa a la camilla. Cuando nos avisaron que estaban listos, nos reunimos con ellos y con mi alguna vez enérgica esposa en el vestíbulo de la casa. Habían cerrado ya la bolsa y solo el rostro de Bobbie quedaba a la vista. Con amabilidad, los hombres dieron un paso hacia atrás.

Missy, Julie y yo nos tomamos de las manos y nos paramos en un círculo alrededor de la camilla que transportaba a mi difunta esposa. A su difunta madre. Levantamos un canto que habíamos entonado, bueno, unas mil veces quizás, cuando uno de nosotros salía de la ciudad o regresaba a la universidad, o cuando terminaba una reunión en la casa. Bobbie había aprendido esta tonada en River Valley Ranch, en Manchester, Maryland, cuando era una niña: “Adiós, nuestro Dios cuida de ti; Adiós, sus misericordias

van delante de ti; Adiós, seguiremos orando por ti; Así que adiós, nuestro Dios te bendiga”.³

Cuando terminamos de cantar, ofrecimos una corta oración de agradecimiento por la vida de esta mujer, por su amor, por su fe y su belleza. Me incliné y besé suavemente su frente fría. Missy y Julie se despidieron de ella. Di la señal con la cabeza a los dos hombres, que rápidamente terminaron de cerrar la bolsa de hule sobre el rostro de Bobbie y la sacaron por la puerta del frente hasta la miniván.

Hemos entonado ese canto solo una vez desde aquella tarde: casi dos semanas después, cuando nuestras voces se elevaron mientras el féretro de Bobbie descendía hacia el agujero en la tierra. No lo hemos cantado desde entonces. Nos parece casi demasiado sagrado para repetirlo bajo cualquier otra circunstancia.

Cuando nos casamos en 1970, Bobbie tenía tan solo veinte años; yo era mucho mayor: tenía veintidós. Aunque la frase “hasta que la muerte nos separe” fue parte de los votos tradicionales en la boda, era lo último que teníamos en la cabeza.

Durante las siguientes cuatro décadas y media, muchas veces Bobbie me dijo que ella quería ser “la primera en morir”. Yo siempre objeté. ¿Quién quiere hablar sobre la muerte cuando tienes la mayor parte de tu vida frente a ti? Yo, no.

Sin embargo, ahora, estaba enfrentando la realidad del deseo de Bobbie. Ella había muerto. Yo era viudo. Missy y Julie comenzaban el resto de su joven vida sin su madre.

Al igual que muchos otros alrededor del mundo cada año, el cáncer la atrapó a los sesenta y cuatro años. El trayecto por el que nos llevó esta enfermedad comenzó en 2012 con una visita a una clínica oncológica para la mujer en el MD Anderson Cancer Center en Orlando, donde vivíamos. Cuando Bobbie, Julie y yo

3. Wendell P. Loveless, “Goodbye” (Wheaton, IL: Hope Publishing, 1938).

nos bajamos del elevador en el segundo piso, la sala de espera estaba repleta de mujeres. Algunas leían un libro, estudiaban su teléfono celular o platicaban silenciosamente con su marido sentado junto a ellas. Otras estaban solas, sin hacer nada. Casi todas estaban sin cabello. Algunas pocas tenían la cabeza cubierta con una bufanda o con un gorrito de punto.

Quisiera poder describir de forma adecuada lo que sentí aquel día, pero no puedo hacerlo. Las palabras correctas se me escapan. Esa visita al segundo piso marcó el inicio de una travesía de treinta meses que terminó en aquel frío día de octubre de 2014 cuando cantamos la canción de “Adiós”. Bobbie había sido toda una guerrera. Yo había intentado serlo.

Lo que me gustaría decir aquí, al inicio de un libro sobre el final de la vida, es que la experiencia de pasar por la puerta de la muerte con mi esposa prácticamente eliminó mi temor de esta. Principalmente, esto fue por causa de la notable actitud de Bobbie ante la inevitabilidad de su fallecimiento cuando fue diagnosticada con cáncer de ovario en estadio IV.

Bobbie, con la certeza de su propia muerte, me mostró cómo vivir sin levantar el puño contra el Dios en quien confiaba. A pesar de todo lo que pasó, conmigo a su lado, no se quejó.

Cuando explico a las personas que Bobbie no protestó, ni siquiera durante los terribles efectos de la quimioterapia, seguidos de un ensayo clínico que, literalmente, le hizo sentir que se estaba muriendo de frío, incluso en el calor del verano de Florida, sus miradas incrédulas me dejan claro que se preguntan si estoy exagerando... aunque sea un poco. No lo estoy. Ella no reclamó ni se quejó, ni siquiera cuando terminaba doblada sobre el inodoro, vomitando la escasa comida que le quedaba en el estómago. Después de vomitar, se levantaba a duras penas y sonreía. Ah, y me agradecía por estar allí con ella.

El ejemplo vivo de la muerte de mi esposa es lo que me hizo decidir apropiarme lo que te compartiré en las páginas que vienen a continuación. Entre la perspectiva histórica de la muerte de los patriarcas bíblicos y con algunas pistas respecto a cómo prepararte para tu propia muerte, espero que los capítulos siguientes te alienten y te den algunas ideas específicas a medida que te preparas para ese día. Agradezco que te unas a mí en la aventura de escribir un libro sobre la muerte. Mi muerte. Tu muerte.

Gracias por el privilegio de caminar (o correr, o arrastrarnos) por las curvas de este tema. Tú y yo.

Juntos hasta la meta final.



1

Muerto. No muerto.

Odio la muerte. La odio intensamente.

RAY ORTLUND, EN TWITTER, JUNIO DE 2022

El título original del primer capítulo de este libro sobre un tema serio era: “Asco. No asco”. Mi editor sabiamente me sugirió algo más maduro. Soy bueno en usar palabras maduras. Sin embargo, en el proceso de criar dos hijas desde la inocencia hasta la madurez total, la palabra *asco* era de nuestras favoritas. El objeto de esta palabra pudo haber ido desde un punto pegajoso de la mesa de la cocina hasta algo mucho más serio. Como la mortalidad.

Los primeros dos capítulos del primer libro de la Biblia pintan un cuadro inmaculado del estado bueno de todas las cosas. En algunos casos... *muy* bueno. Sin embargo, cuando llega el capítulo 3, el panorama completo cambia. Y todo en este capítulo de Génesis nos muestra cómo se ve lo malo. En algunos casos, lo *muy* malo.

Una de las cosas terribles que resultaron de la desobediencia de Adán y de Eva fue la muerte. Hasta ese momento, nada ni nadie había muerto. Entonces, Dios decretó que todo perecería: “Pues polvo eres, y al polvo volverás” (Génesis 3:19).

¿Qué parte de esta declaración no entendemos?

Y la parte más dura de esta afirmación de Dios es que no solo se estaba dirigiendo a Adán. Estaba hablando en plural. Miles de años más tarde, tú y yo estamos incluidos en ella. Las personas que hemos amado, las que amamos hoy y las que amaremos mañana también están allí. Y el proceso de la muerte comienza en el momento en que tomamos nuestra primera bocanada de aire como recién nacidos. Es como cuando se voltea un reloj de arena: esta comienza a deslizarse por el embudo en su centro. No hay forma de revertirlo. Estamos en una trayectoria de una sola vía.

Después del huerto de Edén, por toda la Biblia y la historia de la humanidad se ha escrito mucho más sobre la muerte.

Por ejemplo, Job, desde la profundidad de su propia desesperación, afirmó la verdad de esto:

El hombre nacido de mujer,
Corto de días, y hastiado de sinsabores,
Sale como una flor y es cortado,
Y huye como la sombra y no permanece
(Job 14:1-2).

Una flor que “no permanece”. Esta es una metáfora clara y descriptiva de la muerte.

Hasta el salmo más querido de David da por hecho el final de la vida. En este salmo pastoral, el tema no comienza con un “en caso de” o “quizás”; en cambio, comienza la frase sobre la muerte con una conjunción “aunque”, como si no tuviéramos nada que decir al respecto. Porque así es.

Aunque ande en valle de sombra de muerte [...]
(Salmos 23:4).

Así pues, por causa de la miopía de la desobediencia de Adán y de Eva y, como consecuencia de ello, la Biblia incluye historias de la muerte de hombres y de mujeres. De estos relatos, tú y yo podemos aprender algunas cosas importantes. Aquí tienes algunos ejemplos.

El asesinato del segundo hijo de la Biblia

Los versículos que le siguen de inmediato a la ingesta del fruto prohibido nos hablan del nacimiento de dos niños: primero Caín y luego, Abel.

Imagina el gozo que los padres de estos varones tuvieron cuando nacieron. Y, como toda madre y padre con más de un hijo durante el resto de la historia universal, Adán y Eva de seguro se preguntaron: *¿Cómo es posible que estos dos niños nacieran de los mismos padres? No pueden ser más diferentes entre sí.*

Si eres padre de más de un hijo, seguramente has tenido esta conversación con tu pareja, ¿no es cierto?

Aparentemente, la diferencia era demasiado grande para Caín.

“Caín dijo a su correctísimo y perfectito hermano Abel: ‘Salgamos al campo’. Y, cuando llegaron al campo, Caín atacó a su hermano Abel y lo mató” (Génesis 4:8, paráfrasis de Robert).

La sentencia de muerte que Dios impuso a Adán por su decisión pecaminosa golpeó primero a su propia familia. No importa cuánto tiempo pasó antes que Caín matara a su hermano menor, el dolor debió de ser insoportable... para ambos padres.

Recuerda que habían pasado muchos años desde que Adán y Eva desobedecieran a Dios. Lo sabemos porque hubo suficiente tiempo para que Caín y Abel fueran concebidos, nacieran y crecieran. No dudo que, cuando descubrieron el asesinato de su hijo, estos padres recordaron de inmediato la declaración de Dios de aquella cosa llamada muerte. Este fue el resultado de su propia

desobediencia. Ahora, la muerte estaba de visita en la familia. Por supuesto que no era nada que menospreciar.

Como bien sabes, el tema central de este libro es que tú y yo vamos a morir. Algún día cruzaremos esa línea. El evento se habrá terminado. La meta final será nuestra muerte.

Esto es ciertísimo.

¿O no?

Un corto viaje de ida y vuelta

Cuando Jesús caminó sobre esta tierra, hubo veces en las que llegó a enfrentarse cara a cara con el relato de Génesis 3 sobre la sentencia de muerte y, literalmente, levantó a varias personas de entre los muertos. Si esta es la primera vez que has escuchado esto, lo que acabo de escribir seguramente te pareció increíble. Hasta imposible.

Sin embargo, es probable que hayas escuchado de un Hombre que vivió y que tuvo el poder para levantar de entre los muertos a las personas. Y, según el relato de los Evangelios, Jesús lo hizo tres veces. Solo tres veces... sin contar su propia resurrección.

En el primero de estos milagros figuró el hijo de una viuda. Detente un momento y medita en esto. Aquí tenemos a una mujer sola que había perdido a su marido y a su único hijo. Jesús y sus discípulos visitaban la ciudad de Naín y se toparon con una procesión funeraria. Nadie tuvo que informar a Jesús sobre las circunstancias. Nadie le mostró el recorte de periódico donde se encontraba el obituario. Jesús, sencillamente, lo supo. Las Escrituras dicen que Él vio a la madre y que tuvo compasión de ella y le dijo: “No llores” (Lucas 7:13).

Él se acercó al féretro e hizo lo que ningún rabí con amor propio habría hecho jamás:¹ Tocó el cuerpo y dijo: “Joven, a ti te digo,

1. “La prohibición de impureza *kojén* por un muerto es el mandamiento que tenía un sacerdote (*kojén*) judío de no entrar en contacto directo ni estar en un espacio cerrado con

levántate”. De inmediato, “se incorporó el que había muerto, y comenzó a hablar. Y [Jesús] lo dio a su madre” (Lucas 7:14-15).

El relato bíblico nos dice que Jesús dejó la escena y siguió con su itinerario, pero ¿te imaginas cómo debieron ser las siguientes horas para la madre del joven? Su hijo, muerto. Gracias a Jesús, su hijo, no muerto.

El segundo relato, que se encuentra en Marcos 5:21-43, también nos resulta familiar. Esta historia tiene que ver con un hombre llamado Jairo, padre de una hija (razón por la cual, seguramente, me atrae esta historia).

Otra razón por la que me encanta esta historia es por la manera en que Jairo, un judío condecorado, cayó humildemente a los pies de Jesús y le suplicó por su niña de doce años. Para los sacerdotes o fariseos que se encontraban allí, ver a este israelita sagrado en el suelo en frente de un maestro sin educación como Jesús de seguro fue escandaloso. Sin embargo, a Jairo no le importó lo que pensarán los demás. En ese momento, no tenía nada que perder.

Cuando Jesús llegó a la casa de la familia de Jairo, entró en los aposentos de la joven junto con la madre, el padre, Pedro, Santiago y Juan. Dado el tamaño promedio de las habitaciones de la época, de seguro el espacio se sentía abarrotado. Y, tal como hizo con el otro cadáver, Jesús rompió el protocolo y tomó la mano de la niña. La ternura de esta escena me conmueve. Al igual que el cuerpo del joven en el ataúd, la joven se sentó de inmediato. La hija, muerta. Gracias a Jesús, la hija, no muerta.

Y quizás la historia bíblica más famosa de una persona muerta que vuelve a la vida no incluye ninguna clase de contacto físico.

techo con un cadáver” (Wikipedia contributors, “Prohibition of Kohen Defilement by the Dead”, Wikipedia, https://en.wikipedia.org/wiki/Prohibition_of_Kohen_defilement_by_the_dead, consultado el 10 de agosto de 2022).

Esta vez, Jesús tan solo habló, como lo hizo en el principio, en la creación en Génesis, y transformó la muerte en vida.²

Una aventura en Betania

Como lo descubrirás en las páginas a continuación, si alguna vez hubo una historia sorprendente de muerte a vida, es esta.

Primero, un poco de contexto.

Jesús y sus discípulos llevaban a cabo su ministerio en una zona del otro lado del Jordán, conocida como Bet-bara. Entonces, llegó un mensajero con la noticia de que su amigo Lázaro, el hermano de María y de Marta, estaba enfermo. Enfermo de muerte. Los tres vivían en Betania, a unos 25 a 35 km (15-20 mi) de donde estaba Jesús. Sin la disponibilidad de medios de comunicación de alta tecnología, no había manera de hacer saber a Jesús la situación de su amigo de forma inmediata. En cambio, probablemente le tomó un día entero al mensajero llevarle la noticia.

Esto significaba que, para el momento en que Jesús escuchó del asunto, probablemente Lázaro ya había muerto. Y yo creo que las siguientes cuarenta y ocho horas lo demuestran. Además, Jesús, que también era Dios, lo sabía.

Piensa en esto. El mensajero llegó a la presencia de Jesús, doblegado de agotamiento, con dolor en los costados. Su carrera de 35 km (20 mi), poco menos que un maratón, lo había dejado exhausto. Había hecho este trayecto por amor a María y Marta, los queridos amigos de Jesús. Entre jadeos y palabras entrecortadas, este hombre le informó al Salvador que su amigo Lázaro estaba enfermo. Muy enfermo.

La respuesta inmediata de Jesús nos parece grosera. Tremendamente grosera. “Esta enfermedad no es para muerte” (Juan 11:4).

2. Lo que dice la Biblia respecto a Jesús y la creación: Juan 1:3, 10; 1 Corintios 8:6; Colosenses 1:16; Hebreos 1:2.

Me escandaliza bastante tan solo pensar en cómo debió de haber sonado esto. Es como si, al escuchar la noticia, Jesús hubiera bostezado.

¿Estaba siendo descortés? ¿Cometió un error al no dejarlo todo y apresurarse a Betania? ¿Acaso fue un mal cálculo? ¿Una irregularidad en su itinerario perfectamente planeado? ¿O fue este el escenario perfecto para un mensaje que sus amigos jamás habrían aceptado si Lázaro no hubiera caído en cama con esta enfermedad terminal? Y muerto. De hecho, ¿sería este el escenario ideal para un banquete que alimentaría al mundo entero?

Lázaro está muerto. Luego, no está muerto.

Así que escucha el relato. Con atención. Y decide por tu cuenta.

Lázaro, un habitante del pueblecito de Betania, se infecta con un virus mortal. O se enferma de alguna otra manera. Tal vez se cayó de una escalera (más sobre esto en un momento). No se nos dice qué sucedió. Sus hermanas, María y Marta, llaman al corredor más rápido de la aldea y le ruegan que encuentre a Jesús. De alguna manera, este joven había escuchado que el Maestro se encontraba en una ciudad no demasiado lejos de allí. Así que corre tan rápido como puede por la ruta que sale hacia el norte.

Como el terreno incluye rocas, baches y colinas, muy diferente a un camino de tierra o una carretera pavimentada, le toma un día entero llegar. Antes que el voluntario pueda entregar su mensaje, Lázaro muere. Sin saber que su extenuante carrera es una pérdida de tiempo, le dice a Jesús que el hermano de María y de Marta está enfermo.

La respuesta de Jesús al recibir el mensaje de este fatigado atleta es más que curiosa al tener presente que Él sabe que Lázaro ya ha expirado,. Jesús dijo: “Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella” (Juan 11:4).

Permíteme darte una ilustración: Lo que sería el equivalente en la antigüedad de un atleta olímpico acaba de correr 35 km (20 mi); ahora está en la presencia de Jesús, inclinado hacia adelante con las manos sobre las rodillas. Este joven logra explicar con palabras entrecortadas que el amigo de Jesús está a punto de morir. Jesús lo reprende y difiere con el mensaje. “Lázaro *no* está muriendo; iré yo mismo y me cercioraré de ello. En dos días, la gloria de Dios será revelada. Y aquí está la mejor parte: su gloria será revelada por mí”.

Si tú y yo pudiéramos mirar un video de YouTube sobre esta conversación, no veríamos ninguna banda de marcha. Ni fanfarrias ni confeti. Ni plataforma, ni luces brillantes, ni grupos de alabanza ni micrófonos. Aun así, este fue uno de los momentos más trascendentales de la historia universal. Lo que Jesús dice ante lo que debió de haber sido una trágica noticia se convirtió en la noticia de última hora más importante. Esta es la razón por la que me he tomado varias horas para sentarme contigo y charlar sobre la muerte.

Regresaré a mi relato en un minuto, pero permíteme adelantarme y estropearle el final:

Tú y yo vamos a morir; eso es seguro. Hoy, no sabemos cómo será. Solo sabemos que es un hecho.

Al leer estas palabras, es posible que el hecho de tu muerte eventual te parezca terriblemente perturbador. Lo entiendo. De hecho, siempre he vivido con un sentido de cautela, con miedo a la muerte, en casi todo lo que hago. Tal vez, tú seas diferente y te arrojes a la vida sin el menor sentido de prudencia. Paracaidismo, escalada en roca, motociclismo de alta velocidad... puede que todo esto sea parte de la esencia de tu mundo. Bien por ti. Eso no es para mí.

Mi temor más grande es el temor a las alturas... la *acrofobia*.

Ya que, en muchos casos, caerse equivale a morir, ¿qué pasaría si, en lugar del miedo a las alturas, la fobia que me paraliza fuera la muerte? ¿Qué tal si la idea de morir me sacara de quicio?

No es de sorprender que también exista un nombre para esto: *tanatofobia*.

Busca esta palabra en Google y obtendrás un sinnúmero de artículos que hablan de este miedo debilitante.

Así que, de alguna o de otra manera, tú y yo vamos a morir.

Sin embargo, espérame un segundo, porque tú y yo *no* vamos a morir; eso también lo tenemos seguro.

En otras palabras, si ponemos nuestra fe en Jesucristo y apropiamos las buenas nuevas del evangelio antes de esta muerte inevitable, viviremos para siempre. Tal es la promesa de Dios.

¿Entendiste? Bien.

¿Confundido? Permíteme explicártelo.

Puede que esta historia te parezca un escenario sencillo y habitual.

Un hombre llamado Lázaro se enferma. Este hombre muere. Jesús intenta ir al rescate, pero es demasiado tarde. Yo creí que este era el mejor Amigo en el mundo. El Salvador. Aquel que siempre responde. Esto es verdad, pero la gente muere todos los días. A pesar de las oraciones de sus amigos y familiares, mueren. Todos los días se celebran funerales y la gente dice cosas lindas sobre el difunto, incluyendo la confianza en que a Jesús aún le importa.

Así que ¿Lázaro murió para que las personas aprendieran una lección sobre “la brevedad de la vida” y “la inevitabilidad de la muerte”? O ¿estaba acaso en juego una misión más importante?

Jesús tenía el poder para convertir en vino fino el agua ordinaria. Para alimentar a miles. Para echar fuera demonios. Para sanar

Tú y yo no vamos a morir. En otras palabras, si ponemos nuestra fe en Jesucristo y apropiamos las buenas nuevas del evangelio antes de esta muerte inevitable, viviremos para siempre. Tal es la promesa de Dios.



a los enfermos. Sin embargo, supongo que, en el caso de Lázaro, no sería así: “Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba” (Juan 11:5-6).

Espera... ¿qué?

Jesús recibió la noticia desesperada de la muerte de su amigo y decidió... no hacer nada. Durante dos días.

Esto es tremendamente sorprendente. De hecho, para añadir al ambiente de extrañeza, Tomás, el discípulo no conocido entre sus colegas como el señor Positivo, como era de esperar, le recuerda a Jesús que, la última vez que estuvo cerca de esta ciudad, los alborotadores intentaron apedrearlo. Jesús no le dio una respuesta directa a Tomás; en cambio, te diré cómo se sintió su respuesta: como si tu auto deja de funcionar en una carretera en medio de la nada y el personal de asistencia te envía un teólogo, en vez de un mecánico. No fue precisamente lo que él esperaba.³

Jesús escucha que Lázaro está muy enfermo. Sin embargo, en lugar de ceñirse la túnica y correr hasta Betania para ayudarlo, Jesús habla sobre la luz del día y sobre tropezar en la noche. Aquí está exactamente lo que dijo: “¿No tiene el día doce horas? El que anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero el que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él” (Juan 11:9-10).

Para aumentar la confusión sobre lo que dijo, cuando llega la oportunidad de hacer algo para ayudar a su amigo en fase terminal, Jesús *de inmediato* espera cuarenta y ocho horas. Al enfrentarse a una crisis real, pronuncia lo que suena como una incongruencia, elocuentemente teórica. O, al menos, eso fue lo que sus discípulos probablemente concluyeron en ese momento.

3. Esta útil analogía no es mía. Perteneció a Alistair Begg.

¿Puedes imaginarte la mirada confundida en el rostro de estos hombres? ¿Tienes tú la misma mirada perpleja en tu rostro al leer esto? Yo sí.

Sin embargo, Jesús estaba tramando algo. Él siempre lo está.

Regresemos al versículo 5 de nuestra historia. Este texto nos recuerda que Jesús amaba a María y a Marta. Y Él les prueba este amor al dejar que su hermano fallezca. ¿De verdad? Sí. Porque, si Lázaro no hubiera muerto, nadie habría escuchado la lección. Ni la habrían creído.

Tal como hemos visto en la conversación en el huerto de Edén, la muerte llegó a ser el castigo seguro por el pecado. Fue el resultado de escoger las tinieblas, en vez de la luz. El castigo de Dios sobre la primera pareja fue apagar las luces. Estas son las malas noticias. Sin embargo, las buenas noticias son que, sin noche, no hay gozo en el amanecer. En la luz del día, ni siquiera se nota una vela encendida. Sin embargo, en la noche, esa velita puede evitar que te laves los dientes con crema antiséptica en vez de con pasta de dientes, o que te caigas por las escaleras. La luz que brilla en un lugar de oscuridad total te muestra dónde estás. Y quién eres. Marca toda la diferencia. Cuando Jesús se refirió a sí mismo como la Luz del mundo, estaba hablando de esto.

La conversación con Marta

Adelantémonos un par de días. Jesús espera sus cuarenta y ocho horas y, luego, hace el viaje a Betania.

La odisea de Lázaro ha durado exactamente cuatro días. Justo antes de la muerte de Lázaro, un corredor voluntario llega a Jesús para anunciarle que Lázaro está enfermo. Esta rápida travesía dura *un día*. Jesús recibe el mensaje y espera *dos días*. Van *tres*. Luego, camina de vuelta a Betania para corroborar estas cosas por sí mismo. Esto le toma otro día, lo que nos deja con *cuatro* días.

Me encantaría que revisáramos con cuidado la conversación que Jesús tuvo con Marta cuando llegó a Betania.

La noticia de que Jesús está en el vecindario llega a casa de Marta y de María (tal vez, por mano de otro rápido corredor), y es Marta la que sale. Las Escrituras nos dicen que María se quedó en la casa. Tal vez, estaba demasiado triste por la muerte de su hermano. Quizás, hasta enojada porque Jesús no había llegado a su rescate.

Supongo que no es de sorprender que, en lugar de desmoronarse, Marta fuera directo al grano: “Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto” (Juan 11:21).

El reproche parece justificado.

Entonces, el enfoque se centra en el tema de la “luz y las tinieblas” que Jesús mencionó a sus discípulos en Bet-bará. De hecho, esta es la razón (y el mensaje) de este libro. La promesa es la muerte. La realidad de la oscuridad es lo que hace que la luz sea tanto más dulce.

La certeza de nuestra muerte nos obliga a considerar nuestra vida con más atención.



Esta es la razón por la que Jesús dijo a sus discípulos: “Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis” (Juan 11:14-15).

La certeza de nuestra muerte nos obliga a considerar nuestra vida con más atención. Si no sé que la muerte me llevará cara a cara con un Dios santo que me juzgará de forma apropiada, puede que no me prepare con tanto ahínco.

¿Qué tiene Jesús de especial?

Vayamos juntos a la conversación entre Jesús y María. Lázaro había muerto y ha estado en la tumba durante cuatro días. Es entendible que Marta esté de luto. Y tal vez un poco molesta

porque Jesús, que pudo haber hecho algo para ayudar a su hermano, no parece estar preocupado. De hecho, ni siquiera se molestó en venir para estar con ella y con María.

Sin embargo, Jesús le responde directamente: “Tu hermano resucitará” (Juan 11:23).

Marta está confundida respecto al momento exacto de la resurrección de su hermano. No obstante, esto no parece importarle todavía. Lo que sí le importa es que lo extraña y lo quiere de vuelta. En cambio, en ese momento, Jesús hizo lo mismo que dos días antes, cuando escuchó de los problemas de salud de Lázaro por primera vez. Nada.

*No has desperdiciado
tu vida, ni tus tragedias,
ni tus triunfos, ni tus
fracasos ni tus alegrías.
Puedes confiar
en Jesús.*



Como sabes, en 2014 sepulté a mi esposa. El sonido que se escuchó cuando su féretro estaba descendiendo a la tierra fue el terrible rasguido de piel. La mía. Y la de mis hijas y mis nietos. La de la familia extendida y los muchos amigos queridos que estuvieron cerca. Fue más doloroso de lo que te podrías imaginar.

Desde que era niño, escuchaba las frases que le decían a otras personas que estaban en mi situación o que tenían a un ser querido muy enfermo: “Solo descansa en Jesús” o “Confía en Jesús” o “Apóyate en Jesús”. El día después del entierro de Bobbie, regresé al cementerio. Había allí un gran montón de flores recién cortadas que ahora comenzaban a marchitarse y a morir, acomodadas en el sitio.

“¿Qué harás ahora, Robert?”. Estas fueron las palabras que me escuché decir en silencio. La grabación en mi cabeza volvió a reproducir lo que había dicho mil veces en mi vida y muchas desde que Bobbie se enfermó: “Entrégaselo a Jesús”.

Si me pusiera el sombrero de cínico, podría hacer la pregunta que ves al inicio de esta sección: “¿Qué tiene Jesús de especial?”.

Me he pasado una vida entera enseñando la Biblia y he tenido el privilegio de escribir varios libros que relatan la historia del evangelio de una u otra manera. Mi sueño temprano esta mañana y durante estas últimas horas conforme escribo en mi teclado estas palabras ha sido poder responder esta pregunta: “¿Qué tiene Jesús de especial?”.

Aquí está la respuesta:

No mucho tiempo después de la dura conversación con Marta, Jesús les compartió a sus discípulos parte de la razón por la que en verdad Él tiene algo de “especial”:

En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros (Juan 14:2).

En otras palabras, una vez que hayas terminado tu vida, una vez que hayas terminado de escribir las palabras de tu historia en tu computadora y que estés listo para dar el salto, puedes descansar seguro. No has desperdiciado tu vida, ni tus tragedias, ni tus triunfos, ni tus fracasos ni tus alegrías. Puedes confiar en Jesús.

Él estará allí. Sus promesas son seguras. Puedes contar con Él. Entre este momento y aquel, Él puede seguir escribiendo tu historia, sin importar cuántos años te queden.

Una visita imaginaria a la casa de María, Marta y Lázaro

La historia de la muerte de Lázaro ocurrió hacia el final del ministerio terrenal de Jesús. Esto significa que no pasó mucho tiempo antes que Él fuera a la cruz, muriera, fuera sepultado y se levantara de la tumba.

Imaginemos que, después que Jesús se apareció a sus discípulos y ascendió de forma visible al cielo, tú y yo recibimos una invitación para comer con María, Marta y Lázaro. Solo nosotros cinco.

En este lugar, podemos preguntar sobre el momento de la grave enfermedad de Lázaro. Les preguntamos a María y a Marta cómo fue tener que esperar cuatro días antes que se apareciera su amigo Jesús para ayudarlas. Hasta podríamos divertirnos preguntándole a Lázaro respecto a la experiencia de estar muerto (si es que lo recuerda) y de cómo fue para él.

Tal vez, nuestra parte favorita sería preguntarle a Lázaro qué sintió al despertarse ante el sonido de la voz de Jesús y las palabras “¡Lázaro, ven fuera!”; cómo fue ponerse de pie y luego salir a la luz del día y experimentar la libertad cuando sus amigos obedecieron a Jesús y le quitaron las vendas y el sudario para que pudiera caminar.

Sin embargo, la pregunta más importante estaría dirigida a Marta. Yo le pediría que recordara esa conversación frente a frente, cuando Jesús finalmente llegó a su hogar. Lázaro seguía en la tumba y la pregunta salió de su boca... y de su alma rota.

Le pediría a Marta que me compartiera qué pensó cuando Jesús le dijo: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?” (Juan 11:25-26).

¡Qué pregunta la de Jesús! ¿Creo, tal como Jesús le dijo a Marta, que tú y yo nunca moriremos? ¿En verdad lo creo?

Los eventos de las últimas semanas habían estado llenos de ansiedad para las dos hermanas... y para Lázaro. De preguntas sobre la vida. Y sobre la sanidad. Y sobre la muerte. Esa muerte asquerosa.

Mientras nos preparamos para terminar la comida juntos, alguien, no estoy seguro quién, dice algo que nunca olvidaré. Es lo que quisiera decirte a ti, mi amigo lector, aquí mismo en el inicio de nuestra conversación.

Tú vas a morir. Yo voy a morir. A diferencia de Lázaro, nuestra visita a la tumba no durará solo cuatro días.

Sin embargo, si Jesús es tu Salvador, si lo invitas a estar allí en tu tumba, tu muerte durará mucho menos que cuatro días. Tu cuerpo irá a la tierra para aguardar su resurrección. Tu espíritu o alma irá inmediatamente a la presencia del Señor.

Recuerdo haber leído algo hace mucho tiempo. Es una cita de un sencillo vendedor de calzado, convertido en valiente predicador, Dwight L. Moody:

Algún día, escucharán en los periódicos que D. L. Moody de East Northfield está muerto. ¡No crean ni una palabra de ello! En ese momento, estaré más vivo que ahora.⁴

Tú y yo vamos a morir.

Tú y yo no vamos a morir.

Ahora lo entiendes, ¿no?

4. William R. Moody, *The Life of Dwight L. Moody* (Nueva York: Revell, 1900), 554-555.